

El más feroz de todos

De Vanessa Salazar

Aves que anunciaban su paso en un cielo pintado de rosa y azul, vigilaban desde la distancia aquella gran llanura. Y ahí, justo allí, en algún punto entre tanta inmensidad se encontraba la manada del más feroz. El león más feroz de toda la sabana.

Tenía una frondosa y hermosa melena. Alguna veces era un poco soberbio, pero en general era un buen león, uno que estaba muy orgullo de su última cría.

Hacía un par de semanas, estaba Leonela, contemplando las pequeñas flores blancas, le encantaban la delicadeza que desprenden, cuando todo empezó. Unos dolores muy fuertes que le asustaron, pero lentamente fue recobrando la calma, sabía qué hacer. Después de unos minutos los rugidos del recién nacido alegraron a todos los presente. Ahí estaba él, el más feroz, esperando por su última cría. Otro macho más, pero no sería uno cualquiera, debía ser igual a él, el mejor en todo, el más temido de aquel lugar.

El pequeño era muy especial, muy sensible, que desde que nació llevaba sobre sus hombros un gran peso, una vida ya escrita sin haberla vivido, un destino ya marcado sin importar lo que él quisiera. Y es que así eran las costumbres de aquel lugar.

Leo, la joven cría, no se sentía ni se veía igual que su padre, y por eso le aterraba defraudarlo y no llegar a ser tan bueno. Sólo pensarlo le hacía acelerar los latidos de su corazón, como si fuera un coche de carreras, entrando en un estado de angustia total.

La verdad es que sentía miedo. Se imaginan un león miedoso. Era lo que menos se esperaba de él. El joven creía que llegada la etapa de la madurez aquellas dudas y sentimiento desbordante desaparecerían, pero no fue así, por el contrario, mientras más crecía, crecía su miedo.

Era una mañana muy calurosa, las preferidas de Leo. Luego de estirarse un poco, se disponía a tomar el desayuno. Mientras lo hacía pensaba en voz alta:

-Hoy pasearé junto a las rocas grandes y el despeñadero, le diré a Tom que me acompañe, es muy divertido y haremos un gran equipo. Decía mientras reía. Llevaremos algo para comer, y regresaremos tarde. Será genial. será un buen día. Y sí, será un gran día, pero no por lo que Leo pensaba.

Mientras tanto, un grupo de cazadores merodeaban la zona. Era normal, todos por ahí estaban acostumbrados a sus habituales visitas, y sabían que debía ser muy precavidos, porque si algo caracterizaba a esos cazadores era su falta de sensatez.

Los jóvenes caminaban rumbo al despeñadero, mientras contaban algunas de sus travesuras.

-La pasada noche mi madre se enojó, contaba Tom. Y se reía a carcajadas. Y leo le acompañaba, aunque él estaba con sus propios pensamientos.

Habían tenido una mañana agitada. Acababan de terminar sus comidas y se disponían a descansar un poco. Cuando Leo se quedó dormido volvieron las pesadillas, sólo veía oscuridad, escuchaba una voz muy aguda en su cabeza que le repetía una y otra vez; ¿Quién te respetará? sin duda es un triste final para el hijo del más feroz de todos. Lo mismo una y otra vez.

Un poco angustiado y con el corazón acelerado se despertó, cuando repentinamente, un quejido aturdió sus oídos y un mal presentimiento hizo desaparecer aquello que le atormentaba.

Algo andaba mal, lo presentía, lo intuía, agudizando su sentido se percató que era su padre, era el quejido del más feroz, el más temido, que por primera vez estaba pidiendo auxilio.

Sin pensarlo, a toda velocidad, el joven se levantó y guiado por su corazón corrió hasta llegar a él. En esos segundos su mente estaba en blanco y solo tenía un objetivo.

En el suelo, tirado, en soledad, y con rugidos de dolor, estaba su padre, sobre la tierra que había presenciado el combate más peligroso de todos, sobre la tierra que había vivido como la prepotencia de un León le llevó a subestimar a su enemigo, aquel era el

resultado de su soberbia. Era la primera vez que el viejo león sentía miedo, o por lo menos no le avergonzaba demostrar que lo sentía.

Habían sido los cazadores que desde temprano daban vueltas por la sabana en busca de leones.

-Humanos. Dijo el más feroz, con su voz entrecortada. -Creen que al tener en cautiverio seres de gran belleza, podrán atrapar su verdadera esencia, qué poco han aprendido.

Leo no le prestaba atención, en ese momento sólo tenía una sola cosa en mente; ayudarlo. Los cazadores se habían dado por vencidos y se fueron al ver que llegó Leo, que a pesar de ser tan joven, era incluso más grande que su padre.

Leo le arrastró hasta llegar a casa, donde les esperaba una enorme cantidad de leones, que también habían oído los rugidos y corrieron para ayudar en lo que fuera necesario. Juntos, como equipo, lo lograron, una semana tardó el más feroz en recuperarse.

Junto a él estaba Leo, un joven que en medio de tanta angustia había olvidado el miedo y demostró su fortaleza, su valentía. Un joven que recién entendía que el miedo no era malo, que lo realmente malo era dejar que domine tu vida, tus actos y pensamientos.

Y así fue como Leo llegó a la madurez, así fue como un joven león aprendía sobre el miedo, a enfrentarlo y superarlo, porque hasta el más temido de todos lo había sentido.